

El volumen se concluye con la traducción italiana de los Hechos de los Apóstoles y de las 13 cartas del *corpus paulinum* (pp. 1615-1734) a la que siguen los índices de los pasajes bíblicos paulinos citados (pp. 1735-1786) y analítico (pp. 1787-1867), 3 mapas y 7 croquis explicados de las ciudades paulinas, además del índice de voces del diccionario (pp. 1869-1882).

En conjunto, me parece una excelente obra sobre Pablo tanto desde el punto de vista histórico-literario como exegético-teológico y de su relevancia eclesial, que proporciona en forma de diccionario, lo que puede facilitar la consulta, un buen estado de la cuestión de lo poseído y discutido sobre Pablo y su significado. La obra resultará, sin duda, útil y valiosa a los estudiantes y estudiosos de teología.—J.R. BUSTO.

ALBERTO MAGGI, *Cómo leer el Evangelio... y no perder la fe*, Córdoba 1999, Ediciones El Almendro, Colección «En torno al Nuevo Testamento», núm. 21, 186 pp., ISBN 809-8005-038-1.

La presente traducción del original italiano aparecido en 1997 recoge artículos publicados por el autor en la revista *Rocca*, encabezados todos ellos por un título similar al del libro. Su destinatario (según la introducción, no según el título elegido para el libro) es el público no creyente que se acerca a los evangelios buscando hallar en ellos un mensaje que suscite la fe, pero cuyo sentido común «choca continuamente con los disparates e incongruencias que se encuentran ya en el mensaje, ya en los episodios evangélicos» (15). En realidad creemos que el libro busca acercarse al lector moderno, de espíritu crítico y pensamiento racionalista, creyente o no, que busca explicación a la presencia de ángeles y demonios en los evangelios, y que se pregunta por qué, si Jesús realizó curaciones y milagros, los limitó a unas pocas personas, o por qué no sigue haciéndolos aún hoy. Este lector encuentra dificultad para aceptar pasajes como la proclamación «dichosos los pobres de espíritu», o la maldición de una higuera por la ausencia de frutos en tiempo que no era de dar higos (Mc 11,12-14). Este lector que el texto presupone, y exige, es el lector no especializado, que por primera vez se acerca a una lectura crítica de los evangelios.

El libro se estructura en 21 capítulos, cada uno de ellos dedicado a uno o dos pasajes evangélicos, escogidos precisamente en función de la inquietud que su contenido o sus formulaciones pueden causar al lector actual. Los títulos responden al origen periodístico de cada capítulo, con formulaciones como «Divina carnicería», «¿Cuántas veces, hija mía?», «Pecad, hermanos», «El Dios que margina», «¿Milagros? No, gracias», «Los calzoncillos de los sacerdotes», «El Dios vampiro», etc. No dejan de ser estos títulos como guiños a aquellos lectores «no creyentes» (17). A ellos ofrece A. Maggi una lectura del evangelio que toma como punto de partida las objeciones y contradicciones que alejan a muchos de la fe, o al menos de la fe en la Escritura.

Lo que Maggi pretende dejar claro al lector crítico del Nuevo Testamento es la distancia que hay entre el mensaje y los medios para expresar este mensaje: «la buena noticia de Jesús es expresada por los evangelistas preferiblemente por medio de imágenes más que por formulaciones teológicas. Por esta razón cuando se lee el evangelio es necesario distinguir qué es lo que pretende comunicar el autor y cómo lo expresa» (19).

Otros tres rasgos parecen típicos de este libro: el símbolo como clave de lectura de todo el evangelio; la desvalorización de la historicidad del relato evangélico en favor de la confesión de fe: «de hecho los evangelistas no se preocuparon de transmitir con exactitud los acontecimientos históricos, sino la verdad de fe contenida en ellos» (31); la insistencia en el aspecto social y ético de su mensaje: «los evangelistas de hecho no presentan un relato histórico de lo que Jesús realizó, sino una teología de lo que la comunidad puede hacer: no una vida de Jesús, sino su significado en la vida de la comunidad. No hechos extraordinarios para suscitar la admiración en el lector, sino una invitación para continuar la obra de Jesús» (24). Junto a numerosos aciertos y explicaciones a la vez claras y sugerentes del evangelio, no faltarán lectores que noten un cierto abuso de estas tres claves de lectura y echen en falta un análisis más equilibrado de algunos pasajes evangélicos. Pondré algunos ejemplos.

Nadie puede dudar hoy del alto contenido simbólico de los evangelios. Cercano al símbolo son las palabras o frases que son alusiones, citas implícitas de otros textos del Antiguo Testamento. Hace bien Maggi (23) en explicar la frase de Juan el Bautista «digno de desatar la correa de la sandalia» (Jn 1,27) a partir de la ley del Levítico de Dt 25,5-10; o la maldición de la Higuera de Mc 11,12-14.20-22 con el trasfondo de Os 9,10 e Is 5,2.7 (menos acertado me parece recurrir a 1 Re 5,5) (143-146). Se podrían citar muchos otros aciertos. Sin embargo, este método simbólico o alusivo parece exagerar en sus conclusiones cuando ve (25) en Mc 1,16 «[Jesús] vio a Simón y Andrés...» una alusión a las palabras del Génesis «Y vio Dios que era bueno», para poder afirmar que «Jesús, el Hombre-Dios, cuando encuentra a alguien lo “ve” con la misma mirada del Dios de la creación, una mirada que comunica amor». Habrá contextos en que «ver» tenga un contenido simbólico o teológico, pero no creo que sea uno de ellos el texto de Mc 1,16. La misma tendencia a atribuir un valor teológico a los términos le lleva a afirmar que cuando Mt 9,9 dice «vio a un hombre llamado Mateo», la palabra «hombre» indica que Jesús ve más allá de su condición de «pecador» y «publicano», al contrario que la mirada del fariseo. ¿Es esto lo que dice Mt 9,9?

En algunas ocasiones el lector tiene la impresión de que Maggi se acerca al evangelio con una idea preconcebida de lo que quiere hallar en él, frecuentemente un mensaje ético y, como es natural, lo encuentra, aunque sea a pesar del texto evangélico. Hallamos una muestra de esto en la explicación de la curación del hijo de un oficial real (Jn 4,46-54). Maggi toma como premisa que los «signos» de Jesús, no «milagros» (21-22), no son demostraciones de poder, sino invitaciones a la conversión, invitaciones «a practicar con fidelidad un amor al alcance de todos» (87). Con el ejemplo del dignatario real nos muestra el autor en qué consiste esta conversión: «el dignatario en lugar de esperar “señales y prodigios” de lo alto, comprende que debe ser él mismo una señal eficaz para el hijo [...] debía bajarse, despojarse de su dignidad real, para volver a ser un hombre». Para llegar a esta interpretación Maggi debe sustituir el verbo «ir» de Jn 4,50 «anda, tu hijo vive», por el verbo «bajar», que sí aparece en el v. 49 y 51, pero no en el v. 50. Después de cambiar el verbo, Maggi parafrasea así el v. 50 «eres tú quien debe bajar y tu hijo vivirá». Igualmente ve en el uso de la palabra *παῖδιον* por parte del padre en el v. 49 (frente a Jesús que usa *υἱός*) una muestra de superioridad del padre frente al hijo, relación desigual a la que Jesús le invita a renunciar. Más probable es que la alternancia en los sustantivos no sea sino un recurso estilístico; sin olvidar que *παῖδιον* con frecuencia se utiliza como «hijo» con connotaciones afectivas, o como un término que indica una especial relación

de afecto. De lo contrario habría que preguntarse si cuando Jesús llama παιδίον a los discípulos junto al mar de Tiberiades está queriendo dejarles claro que su condición de «amigos» (Jn 15,15) acabó con la resurrección. Siguiendo su propia lógica, según el autor en cuanto el padre vuelve con su hijo y se pone a su nivel, el hijo se cura (Maggi olvida que el padre conoce la curación de su hijo cuando aún está en camino), porque, descubre el lector al final no sin sorpresa, la verdadera enfermedad del hijo era «la ausencia del padre» (92).

Otras objeciones que podríamos hacer son explicables por la naturaleza divulgativa de este libro. Es natural que el autor entre diversas interpretaciones posibles de un texto escoja uno y lo presente como la única lectura posible (cf., p.e., Rm 12,20 «amontonar carbones encendidos sobre la cabeza», p. 22). Lo contrario aburriría al lector con discusiones eruditas. También explicable, aunque discutible, es el uso indiscriminado que hace de fuentes rabínicas, históricas o cristianas primitivas, algunas de ellas muchos siglos posteriores a la redacción de los evangelios, para describir el trasfondo social de la predicación de Jesús.

El recurso a la contraposición es en ocasiones excesivamente simplista, por ejemplo, al oponer al Dios «Legislador», supuestamente el Dios de lo «prohibido» (imagen de Dios que, según el autor, hallamos en el Levítico y, se supone, otros libros del Pentateuco), al Dios «Creador» del Génesis y del Cantar de los Cantares (111), afirmando que «Jesús tomó partido decididamente a favor del Dios creador, oponiéndose al Legislador y a sus representantes» (112). Esta misma imagen de un Jesús radicalmente contrario a la observancia de la Torah hace decir al autor «Jesús no sólo no observó nunca el descanso prescrito en día de sábado, sino que lo violó sistemáticamente».

Como vemos, las instituciones religiosas judías no salen bien paradas en este libro. Para el autor la sinagoga es en los evangelios sólo una expresión más del mundo religioso judío «siempre hostil a Jesús» (60), olvidando que son precisamente las sinagogas uno de los lugares preferidos por Jesús para anunciar el mensaje del Reino (Mt 4,23; 9,35, 12,9, etc.), como el mismo Jesús recuerda al Sumo Sacerdote: «yo siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo» (Jn 18,20). Muchos exegetas encontrarán dificultades para aceptar esta visión de la Torah y de Jesús, y echarán en falta una distinción más cuidada entre las afirmaciones referentes al Jesús de la historia y las que reflejan conflictos y situaciones vividos por la comunidad cristiana (Mt 10,17).

Es verdad que el evangelio de Mateo es muy crítico con la ciudad de Jerusalén, y Maggi se apoya aquí para describirla como una ciudad «envuelta en tinieblas» (34), «tan santa como asesina» (34), «casa de pecado» (35); olvida, sin embargo, el autor la imagen muy distinta que de ella nos ofrece Lucas, para quien Jerusalén es el lugar del encuentro con el Cristo resucitado, donde ocurre (entre Jerusalén y Betania) la Ascensión, y el lugar desde donde debe comenzar la actividad misionera de la Iglesia (Hch 1,8).

Este libro, tomado con las reservas que hemos expresado, puede ser un buen punto de partida para leer con más detenimiento los evangelios y suscitar el debate y el intercambio de opiniones.—F. RAMÍREZ.